
Leticia Bobadilla González, *La revolución cubana en la diplomacia, prensa y clubes de México, 1895-1898*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 2001, 260 p.

En los tiempos peliagudos
en que andan dos a las greñas,
nos hemos de hablar con señas
como si fuéramos mudos.¹

Leticia Bobadilla dice que Andrés Clemente Vázquez, cónsul mexicano en La Habana, juzgó:

[...] con desenfado [...]a sus enemigos, ambicionó altos cargos públicos, deseó que la crítica literaria lo favoreciera en sus escritos y, sobre todo, aspiró a convertir la representación diplomática mexicana en algo muy elevado, respetable, digno de brillar en el mundo frente a los consulados de otros países (p. 29).

Con desenfado, podría decirse, describe a un interesantísimo personaje de la diplomacia mexicana. Pero no sólo don Clemente es objeto de este tratamiento, la autora también se mueve con desenfado en los tres ámbitos que componen la estructura de su análisis:

¹ *El Hijo del Ahuizote*, 15 de mayo de 1989. Expresa de manera lúdica la posición oficial mexicana de neutralidad que se quería imponer a toda la sociedad.

el diplomático, la prensa y la sociedad civil —para usar un término moderno— a través de su acción en los clubes y nos ofrece un texto bien escrito, narrado con desenvoltura, ameno, complejo en la trama de las perspectivas que siguieron atentas los sucesos, durante los años que van del Grito de Baire (febrero de 1895) a la Paz de París (diciembre de 1898), en la llave del Golfo de México, “reina y perla del archipiélago de las Antillas” según la llamó Eugenio María de Hostos (p. 15).

Enlazando los estudios previos y yendo de un autor a otro, Leticia Bobadilla se mueve con soltura para mostrar los antecedentes del trabajo historiográfico en el que se inserta su investigación. No se incluyen todos los que deberían estar y algunas de las lecturas hechas a los que están, no tendrán, probablemente, la aprobación de sus autores, sin embargo, el resultado es que estamos ante una mirada novedosa, inteligente y crítica, de un acontecimiento que ha sido sujeto ya de atención cuidadosa pero en el que aún había, y hay, aspectos que escudriñar. Revolución cubana, se llama aquí, aunque de manera pertinente se aclara que se trata del proyecto concebido por José Martí. Pero, ya sea revolución o guerra de independencia, este hecho provocó en su tiempo, como sigue haciéndolo hoy, ríos de tinta sobre las resmas de papel del consulado de don

Andrés y de otras representaciones mexicanas en el exterior, sobre los rotativos que imprimieron en diversos formatos sus publicaciones periódicas, sobre las hojas pautadas de los músicos que tomaron posición, esto para mencionar sólo algunos de los ejemplos utilizados en este trabajo para sustentar las opiniones vertidas.

¿Cuáles fueron entonces las fuentes privilegiadas? de los diversos materiales consultados, los hemerográficos adquirieron una importancia de primer orden. A partir de ellos es que se conoce la guerra, su violencia, su saña, sus desgracias, sus pérdidas, sus fracasos, las ambiciones en juego, los orgullos dejados en los campos de batalla, pero también, entre las reseñas de recitales y representaciones, entre la poesía y la danza; la prensa dio a conocer los anhelos que se perseguían en esa guerra y la labor de las asociaciones políticas procubanas que se solidarizaron y condolieron —según el momento— con la contienda. Hasta el cónsul habanero contribuye a posibilitar esta tarea, pues entre su correspondencia, prolija, abundante, minuciosa, envía una gran cantidad de recortes de periódicos de la isla.

A lo largo de tres capítulos se presentan las tres vertientes estudiadas. Andrés Clemente Vázquez y la guerra de Cuba protagonizan el primero, mientras la prensa y los clubes políticos en México, los dos siguientes. Hay un cuarto

capítulo en el que se reúnen algunas caricaturas reproducidas en la prensa. El recorrido cronológico está presente en cada uno de los capítulos, pero expuesto de tal manera que no se siente repetición en la lectura ni siquiera porque en cada ocasión los temas se entretajan nuevamente para dar el énfasis a la vertiente que corresponde.

El cónsul mexicano en La Habana aparece con sus datos biográficos entrelazados con algunos actos sobresalientes de su función diplomática y con ejemplos de su intensa actividad epistolar, que da cuenta de la política seguida por el gobierno mexicano a lo largo del conflicto. No estoy muy segura de que Clemente Vázquez haya sido “el tipo de hombre que se ajustó perfectamente a las expectativas requeridas por el gobierno mexicano para desempeñarse en el servicio exterior” (p. 28). Ciertamente era fiel a Díaz y conocía muy bien la situación política de Cuba, pero tenía una opinión muy distinta a la de sus superiores acerca del papel y de las posibilidades de México en el entramado regional. Como excelente ajedrecista, su mente era un tablero en el que manejaba las piezas de la política internacional con perspicacia y concepción geopolítica. La alta estima que tenía de sí mismo y de su labor no opacan su pensamiento, sus planteamientos son una manifestación clara de que la política exterior de México no es un producto

monolítico y unívoco. Lo que sí me parece es que don Andrés y su visión, quedan en segundo término en este relato, ante el recuento de la guerra en Cuba.

Al entrar al ámbito de la prensa, resalta inmediatamente que los grupos dedicados a la política estaban ligados a ella. Era el medio de expresión para los actores sociales de la época, “difusor de opiniones y caldero donde se condensaban inquietudes, el periódico representó —afirma la autora— el espacio público más importante para ejercer la reflexión, la crítica y el debate” (p. 80). Es decir, en este libro se rescata el papel informativo de la prensa, pero de manera especial el formativo, pues sin importar el volumen del tiraje de los periódicos, es evidente que el pensamiento de diversos grupos políticos y sociales quedó plasmado en sus páginas. Dos fueron las posiciones que dividieron a la opinión pública: en favor de la independencia de Cuba o del dominio español de la isla, luego venían los matices: con España, pero en contra del expansionismo estadounidense o de rechazo a la independencia de Cuba, pero con admiración al vecino del norte. Detrás de estas posiciones estaban las colonias cubana y española tanto como sectores de la sociedad mexicana.

A través de las páginas publicadas en los periódicos de la época, se da cuenta del desarrollo de la guerra y del juego de fuerzas involucrado en ella.

Pero la prensa va más allá del informe de la situación internacional, muestra “el ámbito social, político y cultural de nuestro país [...] al finalizar el siglo XIX” (p. 19) y ofrece un cuadro que desdibuja el del *orden y progreso* del régimen. Con motivo de la guerra en Cuba, diversos sectores de la sociedad expresaron su sentir, su pensamiento, su acción y esto es lo que la autora nos hace ver en su exposición.

Sin disminuir los aportes de este trabajo en cada una de sus secciones, me parece que la tercera vertiente examinada tiene una significación especial, puesto que el estudio de las asociaciones constituye un tema de gran interés para conocer las formas de la participación social. Ubicar la actividad de las sociedades políticas procubanas en territorio mexicano en un contexto amplio en el que se desarrollaban organizaciones sociales y de periodismo político opositoras al régimen de Díaz permite dimensionar su labor. Por otra parte, a diferencia de otros trabajos acerca de los clubes procubanos, éste los ve y estudia, vinculados a la participación de mexicanos “que albergaron, crearon y fomentaron” este tipo de asociaciones y no sólo como obra exclusiva de los exiliados bajo la dirección del Partido Revolucionario Cubano. Fue precisamente la prensa quien difundió las noticias acerca de la actividad de los clubes y la que ofreció

el mejor testimonio de su impacto en los diversos sitios donde se fundaron como “centros de recreación, ilustración y camaradería”, y donde fueron, al mismo tiempo, “centros de enseñanza política” (p. 137). De ese testimonio en la prensa, Leticia Bobadilla recoge la información para apoyar sus opiniones. De las 46 asociaciones que se establecieron entre 1892 y 1898, 23 lo hicieron en el penúltimo año de la guerra, en 1897, coincidiendo con el periodo de Valeriano Weyler, como capitán de la isla, y de su política de reconcentración. Se puede decir que entonces aquella definición que hizo Martí, de Veracruz, como “casa hermana de todos los cubanos peregrinos” (p. 216), se hizo extensiva a otras ciudades que cobijaron a estos clubes y colaboraron solidariamente con ellos.

En cuanto a las imágenes recopiladas y presentadas en este libro, estoy de acuerdo en que es necesario leerlas como textos en sí mismos, no como simples ilustraciones acompañantes. Creo que con todos los elementos que reúne y expone la autora, cada lector podrá elaborar su propia narración discursiva.

La revolución cubana en la diplomacia, prensa y clubes de México, 1895-1898, es un libro escrito con entusiasmo y placer, pero también con oficio y habilidad, el cual muestra que la diplomacia neutral no es tal en tanto

que responde también a intereses, que la prensa fue, y en especial, un territorio para confrontar ideas, pero sobre todo, al rescatar las palabras escritas, las voces y la gráfica de la época, es un libro que impide que queden desconocidas o al margen “las aspiraciones, percepciones, ansiedades y reivindicaciones de poblaciones que arriesgan —como diría el historiador puertorriqueño Fernando Picó— permanecer ignoradas por la historiografía política y social tradicional” (p. 182).

Laura Muñoz
Instituto Mora/AMEC

Katherine Elaine Bliss, *Compromised Positions: Prostitution, Public Health, and Gender Politics in Revolutionary Mexico*, Pennsylvania, Pennsylvania State University Press, 2001, 243 p.